

REMEDIOS

Es él quien quiere ser mi hijo.

SOCORRO

¿Y no te da risa?

REMEDIOS

No; á ti es á quien te da rabia.

JUAN ANTONIO

Débilmente.

Basta, por Dios.

FRANCISCO

¡Que calléis, ea!

CAMILO

Vamos, Socorro; yo te ruego...

SOCORRO

Ya me callo: dos palabras no más, para concluir.

A REMEDIOS:

Tú has traído á vender aquí á tu hija; la has cuidado con mimo, como vaca destinada á la feria.

REMEDIOS

Ya te pesarán esas palabras, que te las sopla la envidia... Yo no he hecho nada por esa boda que te escuece tanto; pero, como buena madre, me alegro del bien de mi hija.

Refiriéndose á SOCORRO y á CAMILO.

Ustedes no dudarían en dar á Juan Antonio la mano de Camilita.

CAMILO

Basta ya, señora... Usted se propasa y dice cosas gratuitas, que no se pueden tolerar. Además, todas estas palabras sobran: voy á echar á usted un jarro de agua fría.

SOCORRO

Eso es.

CAMILO

Juan Antonio acaba de tomar una resolución que le honra, y desiste de su boda con Isolina...

Irónico:

Nosotros lo sentimos mucho...

REMEDIOS

Balbuente, conteniendo la emoción.

¿Es verdad, Juan Antonio?

JUAN ANTONIO hace un signo afirmativo muy débil.

REMEDIOS

¿Sí?... ¿Dices que sí?

SOCORRO

Ya lo ves.

REMEDIOS no encuentra una respuesta. Las palabras le faltan durante un momento, y tiene necesidad de todo su carácter para no caer vencida ó no estallar en una exaltación. Al cabo, con un gesto que parecería resignado si no dejase adivinar que cubre una táctica de lucha, dice:

REMEDIOS

Esta bien... Está bien. ¿Ven ustedes? Me conformo... El primo Juan Antonio debe hacer siempre su voluntad...

CAMILO

Así quería yo verla... Eso es ser razonable.

FRANCISCO

¡Hum!... Demasiado razonable, Camilo... Esto marcha demasiado bien.

Entran por la puerta de la izquierda CAMILITA y PEDRO.

PEDRO

Pues es verdad: Isolina dice que se casa con el tío Juan Antonio.

CAMILO

Calla, muchacho... ¿A ti que te importa?

PEDRO

Bruscamente, turbado.

¿A mí?... ¿Qué quieres que me importe?

REMEDIOS ha salido silenciosamente.

SOCORRO

No, hijos míos. Vuestro tío no se casa, no pensó nunca en casarse... ¡Tontos que lo creisteis!

PEDRO

¡Ah!...

A un gesto de Socorro los sobrinos se precipitan sobre el tío, que recibe pasivamente sus caricias.

CAMILITA

Tío, tíoño bueno... Me daba mucha pena que te casaras... Si te casabas no me querrías; querrías sólo á Isolina... Además es una artesana, y tú ¡el tío Juan Antonio, que ha sido médico del Rey, casarse con una artesana!

CAMILO

¡Qué tonterías dices!

PEDRO

¡Orgullosal... Si no se casa, ¿verdad tío Juan Antonio? Si no podía ser...

FRANCISCO

Dejadlo en paz.

JUAN ANTONIO

Irguiéndose.

Gracias, hijos...

A FRANCISCO:

Esto es hecho... Me voy; me ahogo aquí.

FRANCISCO

¿Qué?... ¿Quieres irte ahora mismo? Te comprendo.

JUAN ANTONIO

Sí, en seguida... ¡Quisiera haberme ido ya!...

Golpeando un timbre que hay sobre la mesa:

¡A ver, esos criados!... ¿No me oyen?

JUAN, el criado del doctor, aparece en una de las puertas.

¡Tú, Juan, que nos vamos, que nos volvemos á Madrid!

JUAN

¿Hay que preparar todo, ó es para unos días?

JUAN ANTONIO

Sí, todo... todo. ¡Es para siempre, para siempre!...

SOCORRO

No era necesaria esa prisa.

JUAN [ha salido, después de inclinarse respetuosamente.

JUAN ANTONIO

A FRANCISCO:

Tú no me abandonarás, ¿eh?

FRANCISCO

¡Juan Antoni!... Yo iré adonde tú vayas; tú sabes que siempre será así.

JUAN ANTONIO

Sí... Ya me había acostumbrado á vivir en fami-

lia. Teniéndote cerca creeré, á veces, que no he salido del pueblo... ¡He encontrado en ti tantas cosas sanas!

FRANCISCO

Cosas tuyas, tu...

JUAN ANTONIO

Acaso el vivir perezosamente como tú has hecho, mantenga la pureza del alma. Tú me sabes á verdad, Francisco... Por eso quiero tenerte siempre á mi lado.

SOCORRO

Por lo visto yo...

JUAN ANTONIO

Tú tienes tus hijos... No eres más que madre de tus hijos...

SOCORRO

Pero las lobas son también madres...

JUAN ANTONIO

Tú lo dices...

SOCORRO

A FRANCISCO y CAMILO:

Se ha vuelto loco.

PEDRO

¡Tío!

JUAN ANTONIO

Basta... Ya veis que ha pasado la crisis. Y desde este momento dejo de divagar: Camilo, ve á casa del notario y haz ese poder como tú quieras: todo lo que me ataba á Villanoa queda en tus manos. Pedro, si quieres, podrás vivir en mi casa de Madrid. Yo en tu caso preferiría no hacerlo: el espectáculo de la vejez es lamentable.

CAMILITA

Tío, no, no te vayas de aquí...

CAMILO

No te vayas... hoy.

JUAN ANTONIO

Acariciando melancólicamente el pelo de CAMILITA:

Es necesario, Camilita. Nadie podría vivir donde ha perdido una batalla.

PEDRO

Deja al tío... Todos deben dejarlo... Ya ha dicho que no se casa. Haciéndole hablar lo hacen sufrir...

JUAN

Desde la puerta, como si le pareciera imposible la orden que ha recibido:

¿Dice el señor que todos los libros y el instrumental? Habrá que estropear muchas cosas y deshacer la biblioteca... Algunas cosas se habían puesto para no quitarse nunca.

JUAN ANTONIO

Ya ves...

De súbito excitado.

Hay que irse, Juan... ¡Hay que irse! Desclava, rompe, arranca las cosas de raíz... Y pronto... ¡En un cuarto de hora se pueden arrancar las cosas más grandes!

FRANCISCO

¡Juan Antonio!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO..."

1968 MONTERREY, MEXICO

CAMILO

Eso no es ser razonable.

JUAN ANTONIO

¿Qué queréis? Grito; estoy en mi casa todavía... En media hora de conversación la verdad y el egoísmo han hablado por vuestra boca y han sido como dos perros de presa azuzados contra mi corazón... ¡Me habéis negado el derecho a amar! Entre mí y mi pobre amor habéis puesto, como fantasmas, los escrúpulos, los prejuicios, la burla y... la verdad, la injusta verdad... ¡Como si en la gran tristeza y en el gran desorden de la vida, la mentira no fuera casi siempre la aliada de la caridad y del bien!

SOCORRO

No se puede contigo; vas a empezar de nuevo...

JUAN ANTONIO

Sin oírlo, siguiendo su propio pensamiento:

Caridad necesitaba yo de nosotros, y no verdad cruel; bálsamo, no revulsivo... Pues qué, ¿sería yo el primer hombre discreto que a mi edad concibiese una pasión de juventud?

FRANCISCO

No, claro que no.

JUAN ANTONIO

... Y que era pasión y no vicio, y no lascivia, lo prueba esta espera de dos años... Esperar, cuando acaso sólo días me separaban de la tumba... ¿No visteis que era la necesidad de amar, y no la ridícula pretensión de ser amado? Yo me conformaba con el medio amor. Yo quería querer... ¿Cómo explicaros?...

SOCORRO

Si te entendemos...

JUAN ANTONIO

Tú no puedes entenderme.. Hay veces que se habla para sí mismo... Sí, yo quería gozar de ese bien infinito que hay en consagrar a otro ser nuestros pensamientos y nuestra ternura. ¡Amar, amar!...

SOCORRO

A CAMILO:

Se ha vuelto loco...

CAMILO

Calla, no lo excites.

FRANCISCO

Hermano mío, Juan Antonio... Quédate. Si es así, quédate; no hagas caso de nadie y quédate... Yo estaré siempre al lado tuyo...

CAMILO

¿Cómo?...

JUAN ANTONIO

Ya no... Sí; os repito que tenéis razón, que renuncio...

CAMILO

¡Ah!...

JUAN ANTONIO

Saldremos de aquí antes de una hora... Ha de ser pronto...

Toca en el «tan-tan» y dice á JUAN, que aparece en seguida:

A Matías, que prepare el auto; tú dispón el equipaje de mano para ahora mismo.

JUAN

Eso ya está, señor.

JUAN ANTONIO

Pues tráelo... Tú, Francisco, podrás reunirme conmigo en Helenis dentro de un par de horas; en el automóvil pequeño puedes llevar tres ó cuatro baúles. Para las demás cosas ya Camilo se encargará de mandárnoslas á Madrid. ¿No es eso? Voy á escribir unas instrucciones para Remedios.

Se acerca al «bureau» y empieza á escribir. Hondo silencio expectativo en toda la familia. CAMILO impone silencio á su hija, que cuchichea con PEDRO, y FRANCISCO se pone al lado de su hermano, como un perro fiel. Al cerrar la carta, JUAN ANTONIO murmura:

Sí, más vale... Era ridículo... Una locura.

SOCORRO

Gozosa, á CAMILO:

¿Eh?

CAMILO

Siempre previsor:

Cállate... espera.

Entra JUAN con un guardapolvo, un maletín y una gorra de viaje. Se oye el ruido del automóvil que ya espera abajo.

JUAN ANTONIO

Poniéndose el guardapolvo:

Tenía que ser así para poder ser... Ya sabes, Camilo; ya sabes, Francisco...

REMEDIOS aparece en la puerta, empujando suavemente a ISOLINA.

REMEDIOS

Anda, hija; despídete del tío, que se nos va.

Entre la expectación hostil de la familia de CAMILO, ISOLINA avanza, llorosa, pero decidida, hacia JUAN ANTONIO.

ISOLINA

¿Que se va usted?... No me diga eso; no es posible... ¿Qué va á ser de nosotras?... ¿Qué va á ser de mí?...

SOCORRO

No irán á morirse... Vivirán como antes.

JUAN ANTONIO

Como antes, no.

ISOLINA

Como un eco.

Como antes no... Ya no sabríamos vivir sin el tío... Tío, tío, llévenos con usted... ¡No me deje en este pueblo donde todos me odian!... Lléveme con usted á Madrid... A mí y á mi madre... Yo me moriré de pena si usted me deja; me creeré abandonada...

Acercándose aún más á él, mimosa, humilde, coqueta, ingenua, mujer.

Diga que me llevará; dígame que cuando me dijo antes lo que me dijo no quiso burlarse de mí... Diga que sí... Yo lo cuidaré; yo no sueño más que con cuidarle, con obedecerlo...

JUAN ANTONIO

Tomándole una mano.

Cuidarme... obedecerme... Eso que tú me concedes es lo que yo quería de tí...

Tomándola la otra mano igual que al principio del acto, y mirándola profundamente á los ojos:

Yo sé que dices la verdad... Cuidarme, obedecerme... ¿Qué otra cosa podéis hacer las mujeres jóvenes cuando os casáis con los viejos?... Yo no puedo, yo no debo ser tu marido, Isolina, hija mía y, por eso me voy... No me voy, huyo, ya lo ves, como un cobarde... Tu presencia me ofusca; me hace olvidar estas arrugas, y estas canas que en tu tío Juan Antonio te parecen nobles, pero que en un marido te parecerían...

ISOLINA

Sin dejarlo concluir:

No, no... Yo veo en usted á un santo, á un rey... Yo no... Para mí no hay otro mejor en el mundo... Le debo mi felicidad; estas ropas que llevo, estos colores de salud que tengo, el poco de paz que ha podido tener mi madre al fin...

CAMILO

Vamos, vamos... Hay que obedecer... El mismo Juan Antonio manda...

ISOLINA

Haré lo que el tío quiera...

Con desesperada amargura:

¡Pero que no me mande sino morirme si se va, si nos abandona... si huye de mí!...

Cae sollozando en el hombro de JUAN ANTONIO. REMEDIOS, muda, permanece en la puerta y sigue como una esfinge la escena, que ha ido arrancando exclamaciones de burlona ira á SOCORRO y á CAMILITA. FRANCISCO está emocionado. PEDRO, con súbita violencia, sale de escena cuando ISOLINA se abraza llorando á JUAN ANTONIO.

SOCORRO

Es demasiado... Me parece que basta de comedia...

CAMILO

Vamos, Juan Antonio... Convéncelo tú, Francisco...

JUAN ANTONIO

Desprendiéndose con rudeza llena de ternura de los brazos de ISOLINA; en voz muy alta, como loco:

¡Qué Francisco ni qué nadie!... ¡No me voy, no me voy!... ¡La quiero, la idolatro!... Antes el ridículo y la muerte que renunciar á ella... Y como

estoy en mi casa, y como soy aquí el rey y hago lo que quiero, y lo que quiero es quererla, que sea mía... ¡Fuera de aquí el que no quiera oírme! Ven, Isolina, amor de mi alma, esposa... ¡Fuera de aquí el que no esté dispuesto á respetarlal... Ven, Isolina, obedéceme delante de todos... ¿Veis?

La besa.

Será mi mujer. Es ya mi mujer... ¡Y la adoro!

Ante la violencia de JUAN ANTONIO, SOCORRO, CAMILITA y CAMILO se han replegado hacia el fondo. REMEDIOS avanza silenciosa, y se une al grupo que ya han formado JUAN ANTONIO, ISOLINA y FRANCISCO en primer término. Cuando cae rápidamente el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En Madrid. Sala de confianza que separa el resto de la casa del laboratorio de JUAN ANTONIO. Al fondo un ventanal y una puerta por donde se va á la calle; á la izquierda, y en segundo término, puerta que comunica con el laboratorio; á la derecha dos puertas más que llevan á las habitaciones interiores.

Es media tarde. CAMILO, aún con el sombrero en la mano y vestido con un abrigo de viaje, habla con REMEDIOS. JUAN aparece por la primera puerta de la derecha.

REMEDIOS

A JUAN:

¿Llevaste las maletas al cuarto?

JUAN

Sí, señora.

CAMILO

Tú también estás más grueso, Juan... A todos os sentó Madrid.